

# Revista de Libros EL MERCURIO

N.º 79  
4 NOVIEMBRE 90



GENTE DE RUSIA

por Hernán Poblete  
Varas  
(pág. 2)

ARTHUR  
RIMBAUD, O EL  
DESPILFARRO  
MAXIMO

por Luis Vargas  
Saavedra  
(pág. 3)

UN EXPERIMENTO CARCELARIO

Crítica de Ignacio Valente al libro *Las Ganas Locas*  
de Sergio Marras  
(pág. 5)



## Sergio Marras: "Uno No Vive Para Algo, Uno Vive No Más"

por Ana María Larraín

Dice que no es un hombre de acción, pero a los 40 años no conoce el reposo. Con una vocación original de cineasta, publicista, fotógrafo y traductor "aficionado", estudió en realidad sociología, aunque ejerce hasta hoy el periodismo, actividad que lo llevó un par de veces a la cárcel. Aquí se ambienta, precisamente, su primera novela («Las ganas locas», Editorial Planeta, 1990).

Sergio Marras:  
"Dos personajes  
han marcado mi  
mundo: Nicanor  
Parra y John  
Lennon".

SUS amigos lo definen como un ser talentoso y lleno de imágenes. ¿Sus enemigos? Cuesta, por cierto, achacarle enemigos a Sergio Marras, este "sardo" tozudo y retraído, observador y perspicaz. Como los campesinos de Cerdeña, de los que desciende por línea paterna y con quienes se ha sentido, a raíz de sus viajes, entroncado. Una familia como la de Padre Padrone, admite él con simplificada agudeza, con la figura de una abuela potente contra la que debió en un tiempo luchar para seguir su propio camino.

El camino de una creatividad marcada por el don raro de un humor en serio y por una lucidez de juicio no exenta de descreimiento, factor común de la generación del 70.

"Mi novela no es una catarsis".

—¿Cuál es la sensación que lo embarga, habiendo entregado al público su primera novela?

—Una sensación de descanso. Estoy muy consciente de haber escrito mi primera novela (enfatisa), lo que significa que trabajé en ella lo más que pude y como mejor pude. Sin respiros... Corregí mucho y habría seguido corrigiendo eternamente, si no hubiera sido por la editorial, que empezó a "pitear". Además... ya era hora de dar vuelta la hoja.

—¿Aceptaría que *Las ganas locas* es una novela política?

—¡No, por ningún motivo! No es para nada una novela política. Ahí hay individuos, hay personas que sienten cosas muy distintas. Hay una pluralidad y una diversidad que no tiene que ver con esquemas sociales ni políticos. Lo único, claro, es que la historia transcurre dentro de una historia, y que entre ambas existe una relación.

—Usted estuvo preso, según entiendo, acusado de injuriar la imagen de Pinochet en su editorial de la revista *Apsi*, donde es director adjunto. ¿Diría usted que escribir la novela sobre este tema significó una especie de catarsis?

—(Tras un breve silencio) ... No. Porque no podría decir que la mía fue una experiencia "dramática". Me carga dramatizar la historia. Y, además, yo estuve preso casi todo el tiempo en Capuchinos, que es una cárcel muy especial.

—¿Una especie de internado, quiere decir?

—Bueno. No exactamente (irónico). Estás privado de tu libertad y si unes la sensación de estar preso a la sensación de injusticia, que en mi caso era muy fuerte... (enmudece). Pero en fin, me abrió las puertas a un mundo que, de otra manera, no hubiera podido penetrar. Ahí tú convives con gente, conoces sus problemas reales, duermes con ellos, ¡todo! Y eso transforma el lugar en un escenario muy rico:

(Continúa en la página 4)

# "Uno No..."

(Viene de la página 1)

observas a los personajes y sobre eso puedes desarrollar una temática.

—¿Tuvo miedo, mientras permaneció allí?

—No. Miedo, "miedo", no. Lo que sí tuve fue mucha rabia (le tiemblan, imperceptiblemente casi, las aletas de la nariz). Estar preso por una expresión de humor en una editorial era, a fin de cuentas, una gran injusticia. Y la injusticia a uno le provoca rabia.

—¿Cómo canaliza habitualmente su rabia, cómo la canalizó en ese momento?

—A mí me cuesta mucho que me dé rabia. (De pronto se relaja... y ríe, respirando profundo). Yo, en general, soy muy poco expresivo. Soy una persona más bien introvertida y... además, me expreso muy mal hablando. Mi medio natural de expresión es la escritura. En la revista, en hojas sueltas, en apuntes, ¡donde sea!

—¿Qué fue para usted lo más agobiante de esa convivencia?

—El no poder estar solo, lo que para alguien acostumbrado a eso —yo vivo prácticamente solo— es matador. Casi torturante, por decirlo con claridad.

## "No creo en las verdades absolutas"

—¿Usted cree en la verdad?

—¿En qué verdad? ¿Tú crees en la verdad? (Suelta una risa larga, muy larga) ¡Tú crees que hay verdad! (Se queda pensando, mientras me mira como bicho raro.)

—¿Pero cómo! ¿Tampoco hay bien y mal?

—Yo creo que hay grandes parámetros, que son muy relativos. Indudablemente que hay bien y mal; indudablemente que hay verdades que son más verdades que otras. Pero no son parámetros absolutos. La verdad es absolutamente relativa.

—No entiendo, entonces, cómo se puede hacer el periodismo "combatiendo" que usted ha hecho sin tener la certeza de que está luchando por lo correcto.

—... Es que ahí... ahí es donde te digo que no creo ya en las verdades absolutas. En algún momento tendí a hacerlo, pero... Ahora si tú me preguntas por qué luchar por cosas específicas, como en ese momento por la democracia... No era por luchar por una verdad, sino por lograr una situación donde las verdades —varias verdades— fueran posibles. En diversidad y pluralismo, sin represión, sin confrontación, sin imposición. ¡Sin verdades absolutas! Pero mi lucha no fue solitaria, yo no era un luchador especial (risas) ¡ni mucho menos un luchador de tiempo completo! Yo no soy un hombre de acción.

—¿Y cómo puede tener la noción de lo que es justo o injusto, si piensa que no hay valores absolutos? ¿Entonces la justicia también es relativa?

—... No, yo no creo que la justicia sea relativa: la verdad es relativa, pero la justicia no lo es. La justicia está muy circunscrita a las reglas del juego, que se logran por acuerdo, pero... A pesar de leyes justas o injustas, se puede dilucidar exactamente qué es justo y qué es injusto.

## "He aprendido a dejarle espacio al sinsentido, a lo irracional... ¡a las ganas!"

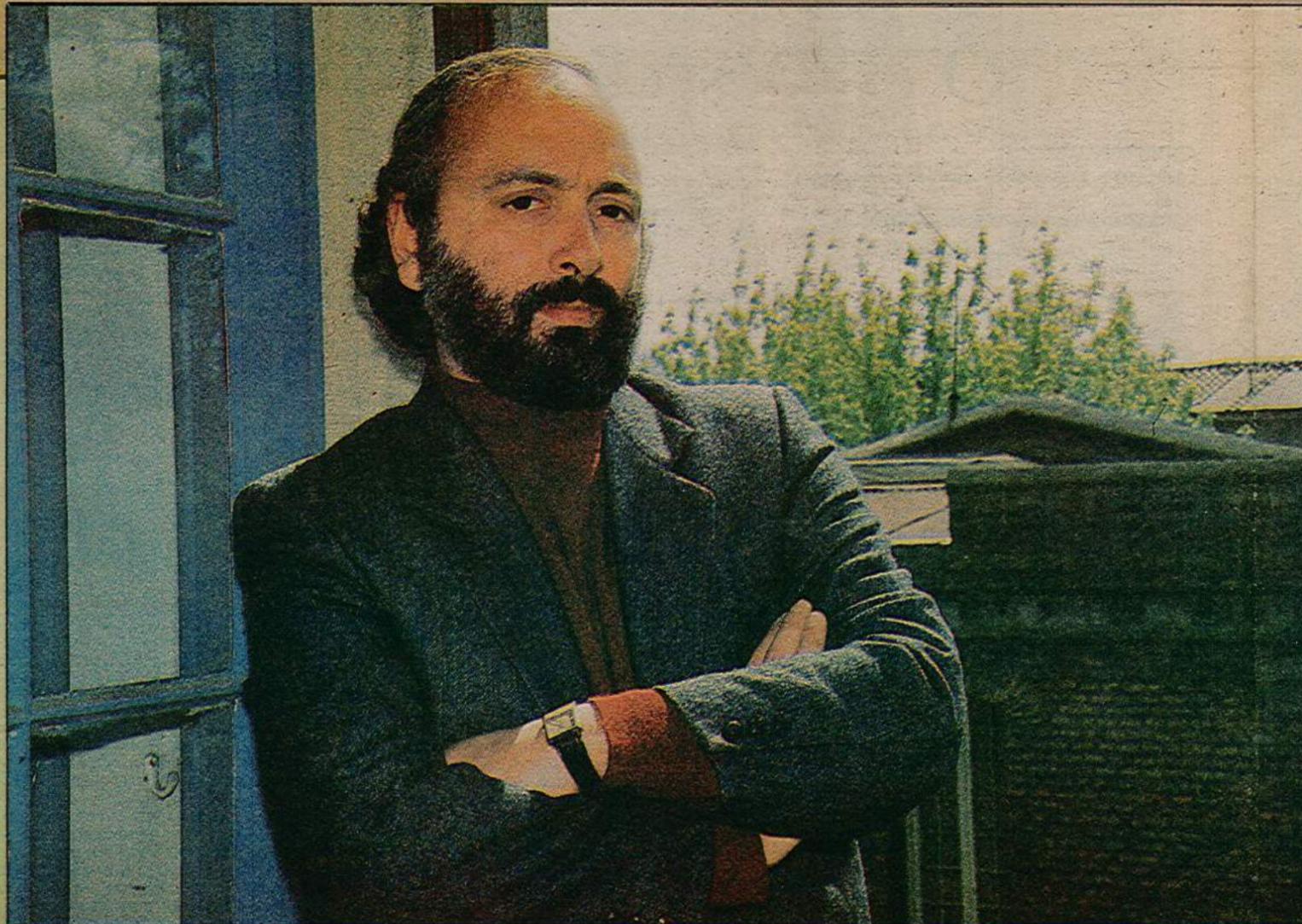
—Mi pregunta apuntaba también a esclarecer otra duda: ¿para qué hacer lo que hace, si todo tiene un valor relativo?

—Claro, es que últimamente yo he llegado a un convencimiento: uno deja de vivir "para" algo. Uno vive no más. Y esto no implica que la vida carezca de sentido, sino que, a estas alturas, descreo de las grandes utopías que influyeron en mi generación. Nosotros vivimos en función de ellas, sin darnos cuenta de que estábamos bloqueando la historia con minúscula. Es decir, lo fragmentario, lo cotidiano, lo subjetivo, lo incierto. Yo he ido aprendiendo a dejarle espacio al sinsentido, a lo irracional... ¡a las ganas!

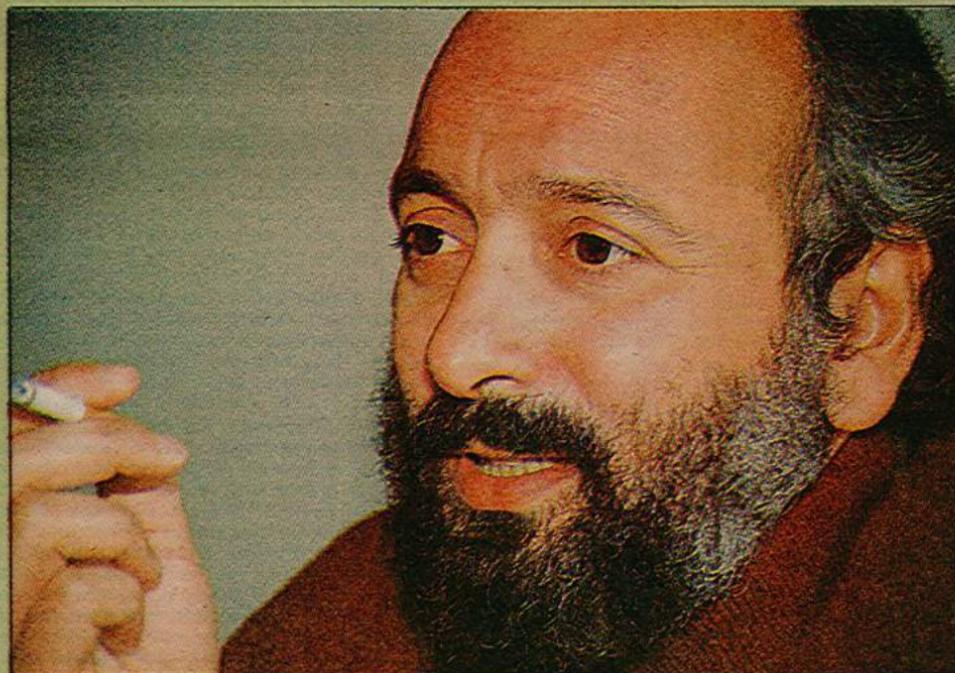
—¿A "las ganas locas"?

—(Se ríe) ¡Claro! Ese es el título de mi novela. ¿Por qué? ¿Por qué hacer las cosas? Porque quieres, porque se te da la gana. ¡Y punto!

—Pero es que las cosas se hacen por algo. ¿Por qué escribió su novela, por qué hizo Macías, por qué los Fotopoemas sobre Parra, por qué?



"No soy un luchador de tiempo completo"



"Descreo de las grandes utopías que influyeron en mi generación"

—No me preguntes! ¿Por qué cosas tan diversas, por qué salió esto y no lo otro? ¡No sé! No tengo idea. Yo soy muy poco racional. Las cosas me han ido saliendo así y siento que el final ha sido bueno.

—¿En qué sentido? ¿Y bueno para quién?

—Bueno para mí, en el sentido de que yo en la novela me siento muy cómodo. Tanto, que tengo ganas de seguir en eso. No estoy escribiendo todavía, pero ya tengo la idea de mi próxima novela lista.

—¿Y qué tiene el género narrativo que lo hace sentirse tan cómodo?

—Que yo manejo las riendas, que yo voy arriba del caballo.

—¿Qué es para usted la novela?

—Un método de exploración de la existencia. ¡No es Kundera el que dice que la novela es un modo de conocimiento? Bueno, yo estoy plenamente de acuerdo. Ciertamente, hay un espacio concomitante con el periodismo, sobre todo con la entrevista, que es lo que yo hago ahora. Pero la literatura tiene la ventaja de que tú puedes indagar sin ninguna cortapisa. Puedes descubrir cosas nuevas, mundos

totalmente distintos, asociando lo nunca asociado. Y, con suerte, puedes llegar a pequeñas "revelaciones". No me gusta la palabra, pero... Ese es el sentido último de la literatura.

## "La literatura es como un juego de señales con espejos"

—¿Y cómo enfoca usted la actividad literaria?

—Como un juego de señales con espejos. Uno las envía, otro las recibe, otro "alguien", las refracta en algún momento. Eso es lo lindo que tiene la literatura. De repente, ¡pum! alguien te contesta.

—A usted le gusta estar solo. ¿Dónde escribe, si tiene mujer e hijos por ahí dando vueltas?

—Aquí en mi oficina. Me vengo normalmente muy temprano y trabajo de siete y media a nueve y media. Tengo el computador, que me instala en otro mundo.

Porque no sólo necesito silencio, necesito también de la lucidez matinal para trabajar. Si no, no puedo. Yo, en la tarde... soy otro.

—¿Un estropajo, desde el punto de vista energético?

—¡Bueno! (Divertido). Ponlo así, si quieres. Lo cierto es que en la tarde leo, veo películas, oigo música. Prefiero absorber más que expulsar. Y la noche es para mí un buen momento de cocimiento.

—Su novela está muy acotada a la realidad. ¿Le parece importante la fantasía?

—La fantasía trae la imaginación, pero la literatura es mucho más que eso. Lo importante es concretizar, armar, comunicar sin restricciones, creando otras realidades. Realidades que son tales sólo porque escribes lo imaginado.

—¿A qué restricciones se ve enfrentado ahora?

—Vivir es una permanente restricción. Vivir las cosas de a una es la tragedia del ser humano.

—Se ha recalado bastante la posible identificación entre usted y su personaje Morandi. ¿Nota usted algunas diferencias, sin embargo?

—Tal vez hemos vivido un proceso a la inversa. El llega a la cárcel porque hace muchas cosas, participa y se involucra a fondo. Es un introvertido, sí, pero lanza las cosas a medida que le van sucediendo. Hasta que poco a poco se va transformando en un observador. Y yo me he considerado siempre un observador. Mi quehacer se relaciona con la observación... ¡Aunque en lo demás, claro, trato de pasarlo lo mejor posible!

—Lo mejor posible, ¿haciendo qué?

—Ultimamente, desde hace unos cinco años, descubriendo pequeñas cosas, conociendo, en la acepción más amplia de la palabra. Desde un libro que no había leído antes hasta mecanismos míos o de los demás —mecanismos vitales— que había pasado por alto. (Se queda callado, y luego dice, con humor y timidez). ¡Ahora hago cosas de adolescente y antes, cuando era más joven, hacía cosas de viejo! Por pri-



# Crítica

de Ignacio Valente

## Un Experimento Carcelario

**LAS GANAS LOCAS**

Sergio Marras. Editorial Planeta, Santiago, 1990, 202 páginas.

**S**ERGIO Marras desarrolla un interesante experimento narrativo, situado en el Chile de la década pasada. El experimento no se refiere al lenguaje ni a la estructura de la novela, que son ambos más bien convencionales, sino a la acción misma, y consiste en investigar los cambios de conducta operados en un grupo de sujetos —el primero de ellos, un opositor al régimen militar— bajo las condiciones de "modernidad acelerada" que se suponen propias del régimen. Dicho sea todo esto entre paréntesis, porque el experimento narrativo opera también con el propio régimen y sus instrumentos de manipulación ideológica, poniéndolos en tela de juicio. El "laboratorio" de esta ficción es una cárcel, cuyo encierro representa las coordenadas de un sistema cerrado de conductas humanas, en la tradición de ciertas novelas que transcurren íntegramente dentro de un barco en alta mar (Conrad, London, etc.), o en una prisión, o simplemente a puertas cerradas (Sartre)...

El espacio vital de *Las ganas locas* es una cárcel donde hay sólo presos económicos, gente bien que está en tránsito mientras arregla sus problemas, aunque a ellos se agregan para el caso ciertos opositores dedicados a la conspiración política, "en general gente culta y razonable", que bien pueden llegar a ser ministros de un gobierno futuro. El siguiente párrafo, escrito por uno de los protagonistas, expresa bien el tipo de rituales que revelan a los caracteres en esa situación límite de la existencia: "Al ser visitado delante de otros, la vida personal se abre al pudor público. La visita colectiva tiene algo de redención y de ofertorio, algo de rearticulación masiva de cada vida privada. La visitación multiplicada tiene algo de catarsis".

El esquema narrativo es bastante simple y eficaz. El escenario presente es sólo y exclusivamente la cárcel, y su desarrollo cronológico abarca la cotidianidad carcelaria de un puñado de días. Entre los presos varios y sus respectivos vigilantes, acceden a la condición de personajes sólo cinco o seis sujetos, cuya vida anterior se nos hace presente a través de sucesivos flashbacks insertos en la acción inmediata con bastante propiedad. Ellos abarcan, de un modo amplio, hasta los recónditos móviles incoados en la infancia misma de los protagonistas. A lo largo de su convivencia forzosamente estrecha se revela lo que gusta y disgusta a cada uno de todos los demás, sus buenas y malas relaciones recíprocas. Al hilo de estas situaciones se esboza la previsible psicología del prisionero, su agresividad y sus desalientos, y también, infaliblemente, la extraña solidaridad que se engendra en esa comunidad forzosa.

El relato cotidiano de la cárcel, entretijado con los flashbacks del pasado, se lee bien y es ameno. Lo es tanto, que sólo nos damos cuenta de su amonadad cuando, por contraste, ésta súbitamente falta, por ejemplo, cuando el autor decide aburrirnos con un racoconto más bien remoto y excesivo sobre los orígenes sardos del preso Morandi —el protagonista de esta novela—, sus ancestros, la emigración a América, etc.; un intermedio que pretende dar varie-

dad al conjunto, pero que no convence, por su interés puramente marginal y por innecesario. Nos sentimos mejor —más interesados— de vuelta en la cárcel y en sus ritos: las competencias deportivas, los dramas de la higiene precaria, las conversaciones de ocasión, las visitas... En rigor, la principal acción presente, la que dinamiza el relato, es el espionaje que ejerce Porcile —al servicio del aparato de inteligencia del régimen— sobre Morandi, el presunto revolucionario que lo es cada vez menos.

La prosa de Marras es ágil, operativa, más bien descuidada, no exenta de elementales errores de sintaxis o de composición: la que muchos narradores escriben hoy, más atentos a darse a entender con un mínimo de eficacia que a trabajar un estilo o decantar un lenguaje. El fenómeno, por generacional, merece un mayor análisis que otro día le prestaré. Como suele ocurrir en estos casos, lo mejor son los diálogos: vivos, coloquiales, fuertes. En cuanto a las *dramatis personae*, a medida que avanza la acción se impone, entre los personajes prisioneros o guardianes, el protagonismo creciente de Morandi, sin duda el más complejo de los caracteres de *Las ganas locas*: un subversivo muy personal, un teórico interesante, sin vocación de héroe, confundido entre la revolución y la claudicación, aliguien que al parecer ya capituló ante el poder del nuevo establishment, pero que todavía se agarra literariamente a las lecturas de otro tiempo, un ser moldeado a la medida de sus propios opresores, que magnifican su alcance revolucionario.

El protagonismo del régimen militar pasado no está en el primer plano narrativo, pero como telón de fondo de la novela marca todos los destinos personales con un estigma indeleble, interfiriendo en forma imprevisible en lo más íntimo de las vidas humanas, poniéndolo todo bajo sospecha, revoliendo las vicisitudes de un puñado de hombres más bien desvalidos en una prisión provisoria. No es ésta, sin embargo, una novela de denuncia explícita. Hasta la última página —sobre todo en las últimas páginas— conserva un carácter de experimento más bien frío y desapasionado.

En efecto, hacia el final de la novela hay un vuelco de proporciones, que afecta y modifica todo su curso precedente. Resulta que las relaciones recíprocas de Morandi y Porcile —hasta ahora el revolucionario y su espía— eran sólo experimentos psicopolíticos controlados por un organismo superior de seguridad, que investigaba sus comportamientos en situación de encierro con vistas a un mayor dominio y sutil manipulación de las personas en favor del régimen: un fino trabajo de psicología aplicada, que pone bajo una luz enteramente nueva la conducta de ambos a lo largo de la narración.

El lector siente que le cambian las reglas de juego de su lectura a última hora, de un modo no muy verosímil, con un efecto teatral excesivo y un toque de psicopolítica-ficción. El resultado no deja de ser interesante, pero parece un *deus ex machina* extraído en el último momento de la imaginación del autor. Dan ganas de releer la novela entera desde esa nueva perspectiva, pero como no son ganas locas, me abstengo de hacerlo. No estoy seguro del acierto del desenlace, pero tampoco de su desacierto. Tal vez era el único desenlace posible para cerrar con frialdad este interesante experimento carcelario. ■



"El buen optimismo es el pesimismo bien informado".

mera vez siento que no tengo ante mí un futuro hecho. Yo, un desconocido. ¡Rico!

—Parece que su optimismo de vivir está intacto...  
—(Suelta una risa) ¡Más bien, las ganas! El buen optimismo es el pesimismo ilustrado, el pesimismo bien informado. Un optimismo hueco, como el de Cándido de Voltaire (a quien dedica su libro) te lleva a las más grandes perversiones. Cándido dice que el optimismo "es la manía de sostener, cuando todo va mal, que todo va bien"...

"La otra trampa del amor es que el amor se acaba".

—La última esperanza de Morandi, su alter ego novelesco, era, según usted, el amor. ¿Qué papel juega el amor en la vida de Sergio Marras?

—Un papel fundamental. Lo que pasa es que cuesta entender el amor, sobre todo el amor de pareja. El amor erótico tiene sus trampas.

—¿Cuál, si se puede saber?

—(Reflexionando) El amor no puede ser posesión... pero esto es teoría, teoría pura! (Risas). Al final, tiene que ver con posesión, también. Pero lo difícil es que, en el amor de pareja, lo que a veces es sí, a veces es no: la sexualidad, la convivencia absoluta y posesiva, el alucinar con el otro, el estado angélico de enamoramiento. Y la otra trampa del amor es que el amor se acaba.

—¿Por qué se acaba el amor, usted que tiene experiencia?

—Yo no creo en el amor no correspondido. En general, no se ama en abstracto, sino muy en concreto y por algo específico. En la pareja, tiene que haber correspondencia. No "intercambio", ¡ojó!... pero sin correspondencia, el amor se acaba.

—La vida con amor es bella/ pero es más bella sin amor", dice Nicanor Parra. ¿Puede ser el amor realmente "la última esperanza" para alguien?

—Yo creo que vivir sin amor es imposible, no más. (Con los ojos muy abiertos).

—A propósito de Parra: usted ha reconocido su influencia. ¿Hay algún otro personaje que lo haya marcado en forma tan decisiva?

—Dos personajes han marcado mi mundo: Nicanor Parra, en efecto, y John Lennon. Pero la presencia de Lennon es más vital que literaria. En cambio, Parra me enseñó la distancia por el humor. Yo siempre había mirado las cosas con una cierta ironía, pero mi educación jesuitica me había entregado una visión muy rígida de las cosas. Y Parra, con su afán de "arriscarle la nariz al lenguaje", me produjo un impacto muy grande.

—¿No hay narradores en las preferencias del novelista Marras?

—No. Reconozco la huella de otros poetas, como Ginsberghy, más atrás, Whitman, pero en narrativa fui muy generacional, muy fome para mis lecturas. Aparte del boom, especialmente de Cortázar, me entronco directamente con la música popular y las demandas de sus letras.

—¿No se arrepiente, por ejemplo, de haber leído tarde a Proust o a Flaubert?

—(Se ríe, suave) No, fíjate. La gran literatura decimonónica me gusta mucho, pero llevo a ella en forma casi profesional. La leo con ojos de escritor más que de lector. Mi conocimiento vital se armó en la otra cocina.

—Finalmente, ¿por qué se demoró tanto en llegar a la literatura?

—Por cosas meramente coyunturales. Estudié sociología y periodismo, pero nunca ejercí lo primero, porque siempre me atrajo el mundo de las imágenes. Hice fotografía muy en serio, fui guionista de televisión y, mientras estuve en España después del golpe, sobreviví como pude, aunque siempre quise hacer cine. A los 26 o 27, listo ya para definir mis cosas, había decidido que quería escribir. Sabía que me iba a demorar un poco, pero sabía, también, que lo iba a lograr. Porque la literatura abarca, en verdad, un mundo infinito.